

Rafael Mondragón Velázquez

UN ARTE RADICAL DE LA LECTURA
Constelaciones de la filología latinoamericana



Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad de México, 2019

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

“...Un lugar llamado humanidad”	7
La filología como saber sobre el vivir: hacia una perspectiva latinoamericana.	16
Contribuciones para una historia crítica de las filologías del mundo. . .	21
Un “comentario”: la filología como arte del cuidado, saber práctico y corazón del conocimiento humanístico	26
La noción de literatura en cuanto campo de batalla.	35
Una constelación americana	37

CAPÍTULO I. LA FILOLOGÍA LATINOAMERICANA COMO ARTE DE LA LECTURA (1927-1971)

“Gris es toda teoría...”	45
El arte de la lectura como figura de una relación responsable con el mundo	49
Raimundo Lida entre Amado Alonso y Alfonso Reyes: una filosofía de la experiencia literaria.	56
Elogio de la lectura en contextos precarios (ante el perfil de un libro inconcluso).	56
Hispanismo y americanismo en Argentina: notas sobre la historia del Instituto de Filología	67
Raimundo Lida entre Amado Alonso y Alfonso Reyes: estilística, americanismo y recuperación de la “vida interior”	73
Lenguaje: cuerpo presente (de Alonso a Reyes).	76

Arqueología de la experiencia: arqueología de la expresión (entre Alonso, Reyes y Auerbach)	79
Un desacuerdo: la moral y la forma (Reyes, Alonso, Lida).	81
Los textos de estética del joven Raimundo Lida: la teoría literaria como “filosofía de la literatura”	86
Antonio Cornejo Polar en su “Edad de Piedra”: la construcción de un arte de la lectura	96
Una novela familiar	98
La estilística como arqueología de la experiencia social.	100
La lectura como astucia	107
La realidad valiosa	108
Teoría y alabanza del arte de la lectura	113
Epílogo en 1971.	115

CAPÍTULO II. LITERATURA Y RACISMO METODOLÓGICO:
NOTAS SOBRE LA EMERGENCIA DEL PROBLEMA
DE LAS “LITERATURAS INDÍGENAS” (1910-1947)

“...¿Era aquel un país?”	119
Para una arqueología latinoamericana de las relaciones entre filología y racismo.	121
Las aportaciones de Iván Illich a la crítica de la noción de “lengua materna”	121
Walter Mignolo y la sistematización de las críticas al racismo metodológico en los estudios literarios	124
La invención de las “literaturas indígenas”: una nota sobre las raíces coloniales de una discusión.	128
Revolución mexicana y filología intercultural: atisbos y eclipses de un problema.	134
Recuerdos de Pablo González Casanova, el lingüista.	134
La construcción de un racismo metodológico en el campo filológico mexicano. Un estudio de caso	145

Indigenismo y literaturas indígenas en México: la obra de Ángel María Garibay	153
Garibay, con y contra el grupo Ábside.	153
Fuentes para la traducción intercultural del mundo náhuatl: orientalismo, filología bíblica y saber humanístico	168
Historia temprana de un método	171
Indigenismo y literaturas indígenas en el área andina: la obra de Jesús Lara.	196
Un indigenismo militante: algunos contextos intelectuales (Bolivia y Perú).	198
Jesús Lara, autor de su propia vida	209
<i>La poesía quechua</i> : estrategias de composición de un libro pionero	216
 CAPÍTULO III. INDAGACIONES SOBRE UNA LITERATURA INSERTA EN EL MUNDO Y ANIMADA POR LA FUERZA REVOLUCIONARIA DEL PASADO (1924-1949) 	
“...Un tiempo fantástico, absurdo y admirable...”	233
Algunas problemáticas fundacionales de la teoría revolucionaria del arte y la literatura	236
José Carlos Mariátegui: una clave revolucionaria para pensar la historia, la imaginación y la tradición	247
Un filósofo radical en una silla de ruedas.	247
Una lectura revolucionaria de la tradición	251
Imaginación estética e imaginación política	255
Pedro Henríquez Ureña: humanización de las humanidades y atisbos de una historia social de nuestras literaturas	270
Contra los manuales: la ética de la lectura de un gran autor olvidado	270
<i>La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo</i> : el encuentro de un método para el estudio de la “cultura literaria” en cuanto praxis social	281
<i>Las corrientes literarias en la América hispánica</i> en cuanto propuesta de articulación sistemática entre literatura, cultura y sociedad	286

El arte de la lectura en <i>Las corrientes literarias en la América hispánica</i>	297
Lectura de la memoria americana, construcción de una biblioteca. Pedro Henríquez Ureña y Daniel Cosío Villegas ante la Biblioteca Americana	303
“Curioso lector:...”	303
Edición y liberación.	304
La importancia de lo insignificante	308
Una concepción de la cultura	311
Un horizonte problemático	313
 CAPÍTULO IV. LAS NOCIONES DE LITERATURA Y CULTURA COMO CAMPO DE BATALLA: DE <i>MARCHA</i> A LOS PRIMEROS AÑOS DE LA REVOLUCIÓN CUBANA (1944-1964) 	
“...La espléndida década del 60, ahora fuente de tantas nostalgias y de uno que otro cinismo...”	317
Prejuicios y promesas de un debate	320
Los proyectos culturales de <i>Marcha</i>	336
Emir Rodríguez Monegal, americanista	336
Ángel Rama: una ética de lo colectivo en la literatura latinoamericana	342
Un diálogo de exiliados y migrantes: Ángel Rama, traductor cultural de Antonio Candido	346
La Revolución cubana como acontecimiento teórico	351
Una revolución cultural: comentarios de Ángel Rama sobre un proceso fundante	351
Las teorías literarias y estéticas en la batalla por la hegemonía revolucionaria: <i>Lunes de Revolución</i> ante la cultura de los manuales y la censura de <i>PM</i>	366
Marxismo crítico y atisbos de una teoría cultural antidogmática: los cineastas del ICAIC y su debate con la intelectualidad comunista	396

Índice

Herencias de Ángel Rama en la Casa de las Américas: el programa teórico de “Diez problemas para el novelista latinoamericano”	415
Casa de las Américas: los primeros años	415
Sentido y contexto de “Diez problemas para el novelista latinoamericano”	420
“Diez problemas para el novelista latinoamericano”: la fundación de un programa para la filología latinoamericana	425
Un arte radical de la lectura	441
El derecho a la palabra y el porvenir de la filología	445
Bibliografía	451

INTRODUCCIÓN

“...Un lugar llamado humanidad”

Hay un lugar llamado humanidad
un bosque húmedo después de la tormenta
donde abandona el sol los ruidosos colores del combate
una fuente un arroyo una mañana abierta desde el pueblo
que va al campo montada en un borrico
hay un amor distinto un rostro que nos mira de cerca
pregunta por la época nueva de la siembra
e inventa una estación distinta para el canto
una necesidad de hacer todas las cosas nuevamente
hasta las más sencillas
lavarse en las mañanas mecer al niño cuando llora
o clavetear la caja del abuelo
sonreír cuando alguien nos pregunta
el porqué de la pobreza del verano y sin hablar
marchar al bosque por leña para avivar el fuego
hay un lugar sereno un recobrado y dulce lugar llamado humanidad¹

La humanidad, para Delfín Prats, es un “lugar” añorado. No es —como se imaginan algunos pensadores— una condición; tampoco es una esencia. La humanidad es, por el contrario, un espacio al que se camina; también un espacio que se recuerda, pues está lleno de cosas que alguna vez hemos vivido. En la poesía de Delfín Prats, la humanidad remite muchas veces a la infancia, pero también a esa cualidad sutil de los recuerdos más preciosos, que corren

¹ Delfín Prats, “Humanidad”, en *Lenguaje de mudos*, prólogo de Ronel González Sánchez, 4ª ed., Madrid, Betania, 2013, p. 15. En nuestra cita respetamos las características originales del poema, que —como los demás del libro— cierra sin punto final: así crea una sensación de inacabamiento que está también en muchos de los mejores ensayos de José Martí.

el riesgo de perderse si no son honrados por el canto: son las cosas que él califica, equívocamente, de “sencillas”, como “lavarse en las mañanas”, “mecer al niño cuando llora” y “clavetear la caja del abuelo”. ¿Son ellas, en verdad, cosas “sencillas”? Algo importante tienen: como ocurre en sus poemas siempre que hay un aumento en la emoción del texto, esas cosas aparecen enumeradas sin utilizar comas, una detrás de otra, y el lector casi puede sentir el fervor de la voz que las va acumulando.

La humanidad es un espacio poblado de esas cosas sencillas, que todos hemos vivido, pero que, para ser recordadas, deben reconocerse en su insólita dignidad. Es posible visitar ese lugar si cantamos esas cosas. Quizá ésa sea una función de los objetos que nos hemos acostumbrado a llamar “poesía”, o a llamar “arte”: recordarnos la existencia de las cosas que pueblan ese lugar añorado: la humedad del bosque mojado y el descanso del sol; el viaje diario que la “mañana”, como si fuera un campesino, hace sobre su borrico para llenar de luz el campo. Por eso, en el momento de revisar el presente libro, elegí este poema para iniciar su introducción. Él explica, como pocas cosas que haya leído, por qué en determinados momentos la literatura puede ayudar a vivir. Explica por qué a veces leer un texto puede alimentar la sobrevida,² el exceso gracioso que hace que la vida sea más que vida y que, al tiempo, nos permite sobrevivir.

Hoy, que vuelvo a este poema, recuerdo a los personajes de una hermosa novela del escritor serbio Goran Petrović que cuenta la historia de personas que aman la lectura y pueden vivir adentro de esos libros que aman: personajes que sobreviven la guerra, la soledad o el hambre gracias a libros compartidos, historias relatadas en el fuego, espacios para encontrarse con gente recordada y amada.³ También recuerdo los esbozos de un próximo libro de Shekoufeh Mohammadi, quien relata cómo en Irán la lectura de las obras clásicas de la poesía persa (y muy especialmente el recuerdo, la recreación y el disfrute del *Shahnamé* de Ferdousi) han servido como práctica de resistencia, de dulce exilio interior en donde lectoras y lectores de diferentes épocas han encontrado la paz y la fuerza interior que les permitieron enfrentarse a invasiones y regímenes totalitarios. Recuerdo, finalmente, una serie de ensayos que la filóloga mexicana Tatiana Aguilar-Álvarez Bay ha ido leyendo en voz

² Estoy aludiendo a los famosos versos de Roberto Fernández Retamar: “nosotros, los sobrevivientes / ¿a quiénes debemos la sobrevida?”.

³ Véase Goran Petrović, *La Mano de la Buena Fortuna*, traducción de Dubravka Sužnjević, México, Sexto Piso, 2005.

alta en los últimos años, y que probablemente (es mi deseo) se editarán un día en un volumen que tratará sobre la lectura como práctica de sobrevivencia, trabajo de “construcción de sí” que permite recuperar el ánimo aventurero y la pasión de futuro en los momentos en que se cierra el sentido.⁴

Tatiana sobrevivió a una enfermedad, yo tuve el privilegio de acompañarla junto a otros amigos. Cada semana, antes de su tratamiento, nos veíamos para celebrar cosas pequeñas: el calor del sol, semillas compartidas en la mesa, palabras deslizadas con cariño a pesar del cansancio; a veces, también, libros sobre los que ella iba escribiendo un diario, sobre el cual han girado sus ensayos posteriores. Libros que se leían lentamente, una palabra o una frase a la vez. En el único de esos ensayos que ha alcanzado la página impresa, Tatiana liga este saber de sobrevivencia a pequeñas experiencias que a veces no se tienen en cuenta cuando se habla de cosas tan solemnes como la responsabilidad de la literatura, ligada a una “dimensión política” cuyo poder y cuyas características muchas veces se dan por sentado: el descubrimiento de Etgar Keret, en el diario de enfermedad de Tatiana, aparece marcado como “Etgar: reto”. Y al comentar su escritura en el ensayo que le ha dedicado, Tatiana añade: “reconozco en esta escritura telegráfica algo parecido a la alegría, la curiosidad y la emoción ante una lectura en puerta”. Más adelante dice: “se abrió una ranurita en lo oscuro y me divertí”.⁵ Alegría, curiosidad, emoción, capacidad de divertirse son, todas ellas, sobrevida.

El libro era un reto, pero —según descubrió Tatiana— “reto” era también el nombre que sus padres habían escogido para Etgar Keret. El nombre propio que le dieron era una especie de mandato que se hizo explícito cuando Keret escribió el libro que estaba leyendo Tatiana; un libro que cuenta los siete primeros años de la vida de su hijo (en el momento de leer dicho libro, Tatiana tenía un niño de ocho años), y que Keret decidió publicar porque su propio padre acababa de morir. Otra vez la sobrevida: según dice él mismo, publicar el libro era como un homenaje, una lápida para su padre que otros pueden leer, “como cuando vas a la guardería y dices a los otros niños: mi padre es más fuerte”.⁶

Ser “más fuerte” es parte del reto. Y Tatiana cree que esa fuerza está vinculada al acto de heredarle a su hijo un conjunto de historias, y hacerlo no sólo

⁴Véase Tatiana Aguilar-Álvarez Bay, “Literatura y enfermedad: aproximación a Etgar Keret”, *Reflexiones Marginales*, año 6, núm. 31, febrero-marzo 2016, <<http://reflexionesmarginales.com/3.0/literatura-y-enfermedad-aproximacion-a-etgar-keret/>>, recuperado el 12 de marzo de 2017.

⁵*Id.*

⁶*Id.*

en nombre propio, sino también en nombre de los ancestros. Añade que a Keret le ha ocurrido últimamente que su hijo presenta ese libro como algo que los dos escribieron: de no haber nacido el hijo, Etgar no habría podido contar las historias. Y el hijo tiene razón... Todas estas son estampas que explican lo que en este libro llamaremos “filología”: amor a las palabras, saber práctico, decisión de cuidarlas a través de la lectura y la escritura, el comentario y la escucha, la recreación y la transmisión. Se trata de un saber de carácter ético, que tiene que ver fundamentalmente con la herencia y el duelo.

Aunque se trate de un saber tradicionalmente considerado como universitario, en regiones como Serbia, Irán y América Latina la filología se ha practicado en espacios liminares entre la universidad y formas variadas de militancia cultural: nuestros grandes sabios y conservadores de la palabra han vivido a menudo en situación de exilio, de persecución política o de precariedad material. Han escrito en periódicos o construido espacios íntimos, casi secretos, para comentar poemas y compartir historias. Han dado clases en universidades más o menos precarizadas, pero también han transmitido su oficio en centros comunitarios y culturales, salas y comedores convertidos en lugares informales de trabajo, y también, a veces, en universidades populares construidas en ateneos, patios y parques... Han participado de maneras extrañas del fervor por la “profesionalización” o “normalización” que, a principios del siglo xx, fue motivo de posicionamientos discordantes por parte de humanistas latinoamericanos como Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero.⁷

⁷En 1934, el argentino Francisco Romero señaló cómo la creación de universidades, programas de publicaciones y otros soportes institucionales estaba contribuyendo a crear un clima de “normalización filosófica” largamente anhelado en donde los temas de la filosofía se volvían de interés general al tiempo que eran objeto de una elaboración más “profesional”. Este proceso de “normalización filosófica” permitía a Romero diagnosticar que pronto la comunidad filosófica dejaría de estar caracterizada por la presencia de filósofos autodidactos, meros seguidores de una “vocación”, y relacionaba este proceso con el inicio de la “madurez intelectual iberoamericana” y el momento en que esta producción al fin podría hablar de temas “universales”. En contraposición, describiendo este mismo proceso desde el punto de vista de los saberes letrados, Pedro Henríquez Ureña elaboró una aguda crítica que relacionaba la invención de la profesión del artista con la creación de un dogma de “literatura pura” que sólo era posible en el marco de regímenes autoritarios. La profesionalización de los saberes letrados había ido de la mano, para Henríquez Ureña, de una pérdida del sentido de responsabilidad ciudadana que había vuelto pertinente a dichos saberes en el contexto latinoamericano. Por ello su propuesta parece apuntar más bien a la recomposición de esta dimensión ciudadana del arte y la literatura. Véase Rafael Mondragón, “Al márgen de Henríquez Ureña. Sobre ‘voz’, ‘cuerpo’ y ‘herencia’ en el filosofar de nuestra América”, *Andamios*, vol. VII, núm. 13, mayo-agosto 2010, pp. 259-290.

Así, por ejemplo, los grupos de estudio semiclandestinos, que en la época de la dictadura argentina fueron coordinados por gente como Ricardo Piglia, Beatriz Sarlo o Josefina Ludmer, fueron espacios para la elaboración de mucho de lo mejor que América Latina aportó en aquellos años en materia de teoría literaria. Ellos configuraron una suerte de “universidad invisible”, y son ejemplares respecto de la condición filológica sobre la cual gira el presente libro.⁸ En él nos moveremos a una época anterior: iniciaremos con las filologías emanadas de la Revolución mexicana y terminaremos con las que nacieron de los primeros años de la Revolución cubana. Sin embargo, los rasgos fundamentales de esa condición filológica pueden ubicarse también en los autores que trabajaremos. Nuestros lectores no siempre han sido filólogos “profesionales”, en el sentido de que puedan vivir de su trabajo como filólogos, pero han asumido su trabajo, de manera gozosa y atenta, como una vocación que —según intuyen oscuramente— es fundamental para las sociedades en que viven. Dicha precariedad vuelve patente en sus obras el vínculo entre filología y cuidado de la vida humana, entre filología y humanidad, que justifica socialmente a la primera ante la comunidad que es dueña auténtica de las palabras cuidadas.

Así puede explicarse la crítica que muchos de ellos (cuando menos, de Henríquez Ureña a Rama) han elaborado del saber letrado referido únicamente a sí mismo, y a las élites intelectuales que se asumen como agentes civilizadores y gestoras de un patrimonio que, en realidad, las sobrepasa. Así también puede explicarse una tensión que atraviesa buena parte de nuestra filología del siglo xx: las autoras y autores que revisaremos en el presente libro fueron fundamentales en la construcción de una disciplina y sus espacios institucionales; sus carreras y planes de estudio; sus historias, manuales y libros de texto. Al mismo tiempo, la mayoría de ellos fue profundamente crítica de esa visión, hoy común, que asume que la filología es un huerto cerrado, un saber autosuficiente que se justifica a sí mismo: no fueron “sólo” investigadores, o más bien defendieron una concepción distinta de la universidad, que a veces redundó francamente en una visión desescolarizada y desprofesionalizada de la investigación (en el sentido positivo de ambas palabras, desarrollado a ca-

⁸ En los últimos años Analía Gerbaudo ha construido un archivo ejemplar cuyos materiales (clases grabadas, notas de curso, programas...) echan luces sobre el proceso ciudadano de construcción de la teoría literaria argentina, de los grupos de estudio a la reconfiguración del trabajo universitario en la postdictadura. Los textos de Gerbaudo citados en la bibliografía del presente libro son muestra de lo que podría hacerse en el resto del continente, y el programa de investigación de esta autora es afín al que esbozamos en el presente libro.